

La Cafetería

Nadie advertía su llegada, ¡pero de pronto!, se los veía sentados en la penumbra del salón, alrededor de las fornidas mesas de madera, arrastrados ya por la pasión momentánea que siempre invade a quien escribe, comenzando una tarde más el murmullo literario de La Cafetería. A partir de las cinco, invariablemente, Roque llevaba los cafés con la disimulada intención de meter baza en alguna de las seis o siete tertulias que decididamente se organizaban.

–Yo también preparo una novela –reiteraba mientras servía la leche–, ésta es la definitiva, de Nobel señores, ¡la historia juzgará...! Muy buena, con muchos personajes...

–¿De Nobel? –preguntaba Mario jocosamente– ¡No es mal comienzo...! Una obra y el Nobel. ¡Toma castaña!

–Pues tendrás que cerrar La Cafetería unas horas para ir a Suecia –decía Augusto Pérez desde otra mesa.

–Pero si tú tienes la misma maldición que nosotros –avisó Rodrigo–, eres incapaz de rematar las novelas, los personajes se te escapan, viajan de una obra a otra, de una a otra familia, o a otra época, o con otro nombre los llevas a otro relato que también dejarás sin terminar, porque si una novela concluye es incoherente que sus personajes anden sueltos por ahí, como huérfanos; lo correcto es que una historia con final se meta en un libro que ya se puede cerrar, y cuando algo se cierra ha muerto. ¡Nadie debe resucitar a los muertos!

–¡Es de mal gusto! –surgía risueña una voz en la sombra.

Las aspas de los ventiladores que colgaban de las traviesas pintaban, en una deliciosa mezcla de olores y palabras, el postrero cuadro literario. Y cada mesa era un solo cuerpo y eran varios cuerpos en una sola comunicación, porque cuando algún literato declamaba, el resto no construía mentalmente su argumento, ni ensayaba otras palabras, sino que quedaba en blanco y se dejaba empapar por todo lo que llegaba. La conversación entonces se hacía posible porque no se basaba en ese *toma y daca* de contenidos sueltos que se mascullan sólo para hacerse ver..., aunque no siempre era así...

–Mirad estos versos que os traigo frescos. –Y el rapsoda se ponía en pie y recitaba una estrofa llena de primaveras y de ternura hiperbólica que provocaban risa contagiosa.

–Fíjate –se escuchaba anónimamente–, si ha entrado Bécquer y yo sin enterarme.

–Por supuesto –prolongaba Daniel la broma–, la mismísima ánima de Gustavo Adolfo ha tenido a bien bajar del monte. ¡Qué visita!

–Pues se ha confundido de garito –animaba Teresa–, ésta no es la Venta de los Gatos.

–¡Callad, camaradas...! Que ahora vienen las golondrinas y los balcones –y ocultamente un pie le propinaba una infantil patada por debajo de la mesa.

–¡Y las pupilas! –y se reían con fuerza– ¡Tu pupila azul!

Inmediatamente, y sin dar tiempo a que las risotadas se aburrieran, los semblantes se volvían

serios porque otro escritor leía con pasión varias líneas de su última novela o la trama de la próxima (¡porque habría una próxima!), cuando abandonase la que ahora le daba la vida. Y se recobraban los deseos de publicar; ¡publicar lo era todo! Entonces alguien mostraba un tríptico con las últimas convocatorias de premios, donde la novela corta y la larga, el cuento y el ensayo se traducían en folios y en cantidades. Y en futuro, que les invadía de temores y esperanzas. Que es lo mismo.

–¿Ciento cincuenta folios? ¡Lo que ellos quieran! –se enojaba Rodrigo–. Cuando se quiere publicar se vende el alma al diablo, aunque no se crea en gloria alguna, aunque no se tenga alma, se pide prestada, se alquila o se compra, ¡se hace lo que haga falta! ¡Hay que publicar!

–Pero, seguramente –Luis hablaba muy despacio, gesticulando con las manos–, las técnicas que estamos utilizando no son las que ahora se demandan. Los escritores modernos, los que están ganando los grandes premios, tienen fórmulas fijas, que a la larga es lo único que da resultados.

–Pues habrá que hacerse de ellas, estudiarlas y emplearlas y, por fin, salir del anonimato –proponía una voz ronca.

Era la hora de las lamentaciones, se repetía cada tarde, la crítica fácil destinada a los que fueron capaces de sacar sus obras adelante, no como ellos, ¡pobres bohemios! Sólo les restaba lamerse sus tristes heridas, como perros descuidados, atropellados por el progreso.

–Aunque habrá que tener cuidado –advertían desde una esquina– si publicamos con esas técnicas... ¡hasta puede que llegue la fama! Pero necesitaremos leer mil veces nuestro nombre en la pasta para admitir que el interior nos pertenece. ¡Que es nuestro tal cual!

–Somos ingeniosos –proseguían las quejas plañideras–, e incluso nos han salido párrafos geniales. Lástima esa maldición que nos persigue e impide a las novelas arrastrarse hasta el final.

–Eso ocurre –apoyaba Mario– porque no dominamos nuestro ímpetu y las ocurrencias van y vienen sin control, y todas las queremos plasmar, tenemos que dedicarnos a una y sacarle más partido, ¡como hacen los grandes! Ya quisieran nuestras ideas... y nosotros su paciencia... y su tiempo.

–Pero los grandes de ahora –rememoraba el bibliotecario de la ciudad– nada tienen que ver con los de antes, que tenían vidas llenas de vida, de amantes, de pensamientos contradictorios y excéntricos (¡de manías y supersticiones!), de suicidios cercanos o propios.

–¡Y de fuerza! –apuntó el único pintor que alternaba con los literatos, un joven provinciano que frecuentaba el Café de Artistas de Madrid.

–¡De fuerza! –reanudó el bibliotecario con la mirada extraviada, buscando un punto fijo para centrarse–, de fuerza que venía en la mayoría de las ocasiones de la miseria... y entonces salía un arte instintivo, menos cultivado, lleno de entrañas y de necesidad. La necesidad escribía donde podía. –Y se quedaba pensativo, preocupado por sus propias palabras que lo

transportaban a viejas estanterías y viejos títulos.
A autores muertos.

–Pero nuestra indigencia está vestida
–auxiliaba Mario– y escribimos desde el
entretenimiento, sin desgarrarnos y sin sangre.
¡Sin desangrarnos!

Nunca se detenía, la charla colectiva suponía
el mayor gozo, y un reflejo inconsciente de sus
quehaceres literarios, esto es: robarse personajes
unos a otros, haciéndolos viajar por los relatos
que en ese momento estuvieran abiertos, como
si toda La Cafetería escribiera una sola obra –una
sola conversación–, un solo cuerpo que no puede
ni quiere ni sabe disgregarse.

–¿Sangre? –reavivaba Ana desde la mesa de
la farola–. Nosotros ya hemos apostado, y
preferimos subsistir elegantemente contra el
riesgo de quedarnos fuera de la paz del orden.
Eso sería fracasar y preferimos no triunfar.

–¡Lo han conseguido dándonos trabajo y
ofertas en las que gastar el tiempo! –decía Rafael
Florida.

–La anemia de las ideas proviene de la
hartura –se sumaba Elisa a la protesta.

No había un momento en el que los literatos
dejaran de tomar notas, atrapar nuevas quimeras
que revolucionaran la estructura de sus escritos,
introduciendo descripciones arriesgadas, divaga-
ciones filosóficas, aventuras psicológicas, ¡no sé
qué recursos... más literatura! Confundiendo la
primera y la tercera persona, el narrador con el
protagonista: mundos antojadizos, actualidad
permanente y pensamientos poco estables que
daban a los artistas la certeza de no tropezar

nunca contra la jubilación con la que se castiga en cualquier otro oficio, por más prestigio o logro que se alcance. Finalmente se deja de construir (a casa se van el médico y el decano, el camarero y el señor director de la caja de ahorros, se van a descansar del agotado camino laboral, del forcejeo con el sueño, de impertinencias, de buenas caras al mal tiempo y de méritos adquiridos –que también se van– a la maleta que le han colocado en una vía muerta, mientras espera).

–Pero nosotros cada día emprendemos un viaje diferente, porque estamos en movimiento sin la necesidad del movimiento –resaltaba Roque mientras caminaba entre las mesas, con su bandeja de asas y el delantal negro a medio anudar–. Además...

–...Además –Luis retomaba el discurso– somos viajeros del mismo vagón, cuando llegamos a La Cafetería nos comportamos como los gatos pardos en la oscuridad, todos iguales, como la gente en los bares de noche, donde se encuentran las clases sociales, ya desclasadas, siendo lo que aparentan, lo que cuentan, lo que inventan. Lo que dicen ser. No se pregunta, se mira y ya está. Suelen creerte. Gobierna la necesidad.

Sin embargo, y a pesar de tanta fogosidad retórica, la mesa de la partida iba ganando adeptos. Jugaban siempre a la ronda, por parejas. Se trataba precisamente de literatos retirados, jóvenes y viejos que habían caído en el pozo de lo mundano, ¡cartas y tintorro! Al principio al menos, simulaban atención a los

artistas, pero hoy por hoy se dedicaban a sus propias discusiones, ¡llenas de vicios, de sexo! Tenían un lugar distinguido en la estampa de La Cafetería y hasta poseían el misterioso prestigio que suele acompañar a quienes pudieron ser y no fueron. Las leyendas sobre ellos se habían extendido y por lo tanto exagerado, llegando a ser objeto de consultas y referentes habituales, sin que nadie osara recelar de sus musas, ahora perezosas y borrachas.

–¡Ronda!

–Siete, sota y caballo... y limpio la mesa... Me acabo de acordar de una novela que empecé hace tiempo, la debo tener por casa... en el cajón de la coqueta me parece, si no la ha tirado Eugenia –rememoró Boza.

–Déjate, déjate. Lo sosegados que estamos ahora no tiene precio, sin personajes, sin notas, sin trama... sin pensar tanto –le tranquilizó Emilio Pardo.

–¡Seguro que la ha tirado! La novela era su rival... ¿cuándo se verá ella en otra? Con tanta dedicación –dijo Calleja, el Canalla.

–Bueno..., pero es ella la que pierde; antes yo le hablaba con más entusiasmo, ¡con ansias! Movía las manos como un poseso y los ojos me brillaban. Tenía pasión.

–¡Le da igual, amigo Boza! Te lo digo yo, lo que quiere es ser única y tener seguridad; la literatura sólo ofrece desvelos y nadie quiere despertarse en mitad de un sueño –afirmó el Canalla.

–Eugenia, Eugenia... y pensar que se enamoró de ti justamente porque escribías –recordaba Emilio Pardo–: “un hombre diferente

que sabe hacer otra cosa además de trabajar"...De todas formas, que no cante aún victoria.

–Creo –dijo Boza mientras se santiguaba con la mano izquierda, como para convertir en chanza lo que en realidad era una triste sentencia– que esta batalla la ha ganado.

–Nadie lo sabe –saltó Ángel desde su silla–, si fuese ella te vigilaría de cerca. ¡Quién va a fiarse de un artista!

–Mientras vengas por aquí estará nerviosa –aseveró Roque.

Y había humo de tabaco y de pipa, y alguien definía una palabra aburrída por el diccionario y jugaba un rato con ella: la ironía, la confusión, la broma silenciosa se disputaban el tiempo que se llenaba de letras. Entonces los virtuosos se encomendaban al juicio popular, al análisis de las pequeñas manías y obsesiones personales, sin ánimo alguno de enmendarse y, pasando todos, según procediera, de críticos a criticados.

–Ahora a éste –y las miradas se ensañaban con Augusto Pérez– le ha dado por llevar a sus personajes a los psiquiátricos, a la mínima los encierra en un psiquiátrico. El otro día le leí tres cuentos cortos y en los tres... ¡psiquiátrico que te crió!

–¡Claro! –Rafael agudizaba la sátira– Si no sabe qué hacer con ellos... ¡a ver! ¿Qué hacemos cuando no sabemos qué hacer con alguien?

–¡Ya está, camaradas! –resolvía la voz ronca– Monten una trama y no se preocupen por idear un desenlace coherente... ¡en los muros de la psicología todo se explica!

–¿Lo irrefutable se hace coherente...?
–preguntaba Luis con gracia filosófica que de inmediato encontraba contestatarios.

–Sí –eran los albores de la nueva batalla–, pero no eres tú precisamente un ejemplo de coherencia literaria, –ahí estaba la ofensiva.

–Desde luego –apoyaba picarescamente Roque–, ¿no sabéis que ahora le ha dado por el realismo? ¡En el siglo XXI un nuevo Galdós!
¡Miau!

–¡Saaape! –se oyó. Y los literatos miraban al suelo y a la pared para no encontrarse con ojillos graciosos que les hicieran reír como niños en clase.

–¿No me digas que te dedicas a la fotografía? –insistía Rodrigo–. Ver y escribir. ¿Pero dónde está el artista?

–Al menos no escribo sobre fútbol –se defendía Luis–. ¿No habéis leído su “partido del siglo”? Un cuento difícil de relacionar con los que llevamos hasta ahora.

–¡Dime que están blasfemando, que no has escrito nada sobre fútbol! –dramatizaba contrariado el bibliotecario.

–Sólo un cuento con los símiles que emplea el periodismo –desmitificaba Roque con gallardía–, pero le puedo cambiar el título; o si no, mejor, ¿por qué no se lo cambias tú? ¿Es a lo que te dedicas, no? ¡A poner títulos!

–Tiene razón –se erigía Mario como inesperado enemigo del señor de los libros–, vienes todos los días con asombrosos títulos, ¡los mejores! Pero ahí te quedas...

–Seguramente va a publicar un libro de títulos... –insinuó Daniel, el Vagabundo.

–¿Sí? –intervino Rafael Florido alzando la voz entre un rosario de carcajadas que esperaban el sencillo chiste–. ¿Y cómo lo vas a titular?

–El libro de los comienzos. ¿Te gusta?

–¡Uy, uy! ¡Que ya lo veo venir!

–¿No querrías salvarte hoy, no?

–Por un día... –suplicó Rafael.

–¡Nada, a la carga! –asestó finalmente el bibliotecario– ¿O es que tú crees que un escritor puede conformarse con las primeras frases de un relato?

–El inicio es lo que diferencia a unas novelas de otras –quiso defenderse–, es más importante de lo que vosotros sospecháis, es lo que leen los editores... y la mayoría de los lectores, que vienen a coincidir con la progresiva popularidad de la imagen a primera vista, no se cree en el crecimiento de los personajes y mucho menos en la maduración de la obra. Reconozco que es un flechazo baldío, de corto recorrido, pero hoy se camina de flechazo en flechazo. Lo perdurable es para los museos, donde la belleza se presenta sin fuerza. Todos los museos exhiben naturalezas muertas.

–...Pero habrá que seguir, ¿no? –le sopló Roque al oído mientras le retiraba el servicio.

–Si al menos te especializaras en los finales...

Lo que más se sirve es sin duda café. La mezcla es treinta-setenta y queda cremoso. Mancha la taza o el cristal de burbujas reseca que retardan el olvido del paladar. Don Ramón lo bebe en vaso. Pone un codo sobre la barra y observa distante y con donaire a los tertulianos. Don Ramón es el albañil del cementerio de la ciudad, pero no se conoce entierro que haya

impedido su puntualidad a la cita literaria de las cinco. De vez en cuando escribe con disimulo alguna frase o idea que se le ocurre en una servilleta, la guarda para su novela secreta –¿o era un cuento?–, porque don Ramón también escribe pero no lo dice, prefiere quedarse al margen de los artistas, ¡no se atreve a ser artista, a hacer el ridículo! ¡A desafiarse! Quiere hacer literatura sin mancharse. A don Ramón no lo lee nadie.

Apenas si se habla en los últimos minutos, los literatos se afanan y, arrastrados por la pasión momentánea que siempre invade a quien escribe, esbozan las postreras ocurrencias en las cuartillas de papel. Roque detiene las aspas de los ventiladores y abre la puerta giratoria de la calle, que como ya se dijo en otro relato, hace cincuenta años, da vueltas sobre su eje.

Fuera, la tarde ha perdido su nombre.

El parque de los pintores

Aquel apático día me puse a escribir otro cuento corto sin ninguna idea previa, o más bien todo lo contrario, quería que el cuento corto me sugiriera un cambio (nuevas ideas) para que mi relación con Laura abandonara el tedio en el que se había anclado. Entonces recordé nuestro último paseo en el Parque de los Pintores y el repentino cansancio de ella y la cerveza en el velador del kiosco que nos permitió, ahora sentados, seguir (en fingido interés) a los afanados artistas que no vieron y no pintaron al único vagabundo que andaba pidiendo entre las mesas y al que Laura (a la que llamaré Adela por musicalidad literaria) y yo tampoco hicimos caso.

Rápidamente comprendí que no era argumento de peso ni creativo para una narración (que surgía para salvarme –o salvarnos–) y me vi obligado a retener al vagabundo en nuestra mesa para que amenizara (o mejor aún, eliminara) la conversación que arrastrábamos como triste pareja.

–Sólo quiero una moneda –dijo el hombre. Parecía sincero, no le importaba la cantidad que ésta representara, porque una moneda suponía atención, cuidado, detener un momento la vida, tu vista (perdida ya entre la gente que, mirando a los pintores, esbozaban, como nosotros cinco minutos antes, algún entendimiento en lienzos) y dirigirla hacia él como signo inequívoco de su existencia.

–¡Por favor! –expresó Adela (o yo le entendí algo así, porque en realidad no dijo nada, no manchó su voz). Me miró para pedirme que